C^o 2624-2

NUMERO 2.^o

LOS DOS PATRIOTAS

LIBERALES.

Este periódico se publica dos veces próximamente por semana.
Los números sueltos atrasados se venden á CUATRO CUARTOS en toda España.
Las suscripciones se pagarán por adelantado.

Se suscribe á razon de CUATRO REALES en toda España cada doce números, que vienen á representar mes y medio de tiempo.
Las suscripciones se harán precisamente en la administracion. calle de la Cabeza, 36, bajo.

El que sabe menos.—Se me figura que lo mas difícil de arreglar ha de ser la cuestion de *dinero*.

El que sabe mas.—No es, en verdad, la mas fácil; porque aparte de la deuda nacional y de la llamada flotante nos hemos encontrado..... ¿qué dirá V. que nos hemos encontrado?

—¡Hombre, qué sé yo!

—Pues nos hemos encontrado un descubierto de *dos mil y quinientos millones*, que no podemos dejar de pagar sin perder por completo el crédito y sin que venga la ruina sobre todos los valores españoles. Con que ¿le parece á V. que deberemos seguir llamando *amigos del orden* á los que nos han dejado este lío?

—Sí señor; se conoce que son personas ordenadas, como hay Dios.

2 de Febrero de 1869

—Muy formales.

—Mucho. ¿Y cómo se va á arreglar este negocio?

—No lo sé, amigo mio, pero podemos fiar en la ciencia y conciencia de los hombres que manejan la Hacienda española.

—¿Con que son tan buenos, eh?

—Ya lo creo. Por supuesto que los compadezco, porque como tienen que quitar el comedero á tanta gente que hoy vive de *bóbilis* y con perjuicio del país, estarán que no podrán respirar á puro pretendiente y remolon.

—Ya les daría yo á todos los zánganos.....

—Amigo, crea V. que el afán de ser empleado del gobierno no se puede quitar por medio de una orden, ni mucho menos á palos. Como sucede con todos los males de este mundo, hay que estudiar su causa y destruirla. Aquí, por desgracia, la causa no es tampoco una sola, y esto aumenta, como V. conoce, la dificultad del caso. ¿Cómo no ha de tener V. perpétuos pretendientes á los destinos del gobierno, mientras muchos de los mas importantes de estos destinos puedan ser desempeñados sin ciencia alguna y casi sin trabajo; mientras sean muchos de ellos una especie de limosna ó canongía, en vez de ser épocas ó fases de una carrera profesional? ¿Cómo quiere usted que no haya muchos pretendientes á posiciones que no tan solo son cómodas y fáciles, sino que presentan hasta el encanto de una jubilacion, de un retiro, de una viudedad y de una orfandad? ¿Y cómo no ha de haber millones, que no millares, de pretendientes á estos agra-

dables empleos, en un país en donde, por otra parte, no abundan los hombres que sepan lo bastante para alzarse en alas de su sola instrucción, de su propio mérito, y en donde ha de escasear también, por lo mismo, el número de personas capaces de premiar el trabajo útil? ¿Y cómo no ha de haber quien huya de este trabajo individual, mal comprendido y peor remunerado, allí donde se tropieza por todos lados con trabas para ejercitar el alma y el cuerpo?

—¡Qué desgracia!

—Por fortuna ha venido la revolución. Merced á ella, el trabajo liberal, siempre más seguro y muchas veces más fructuoso que el oficial, verá vencidas las dificultades con que luchaba. La libertad de pensamiento y las libertades económicas escritas en la bandera revolucionaria trasformarán en pocos años la faz del país. Y cuando esto haya sucedido; cuando haya muchos más hombres que sepan ganar de comer, y cuando estos encuentren toda clase de facilidades públicas para ejercitar noblemente sus facultades, escaseará el número de los que aspiren al favor oficial, hoy solamente apetecible en fuerza de nuestra nulidad para adquirírnos por nosotros mismos una posición más independiente y lucrativa. Día llegará, y no lejano, en que los mismos que hoy consideran como un supremo bien el sueldo anual de seis ú ocho mil reales, dados por una oficina del gobierno, habrán aprendido prácticamente la fecunda verdad de que eso se gana haciendo betún para las botas ó pinzas para comer

espárragos; trabajando libremente en cualquiera cosa. Mas para esto se necesitan instruccion y leyes libres y benéficas.

—Y diga V., ¿cómo podríamos salir del apuro de esos dos mil y quinientos millones que debemos, por obra y gracia de los *moderados*, que creo que se llamaban ellos mismos los hombres de la *suprema* inteligencia?

—Mire V., dos *supremas* he conocido, y se las regalo á quien las quiera: la *suprema* inquisicion y la *suprema* inteligencia de los moderados españoles. No se fie V. de adjetivos, amigo mio: Tras un *augusto*, un *alteza*, un *excelentísimo*, se suelen ocultar el impudor, la bajeza y la infamia. Las virtudes no lo son sino á condicion de ser sencillas. La grandeza no está en el nombre ó en las formas, sino en la íntima y pura esencia.

—¡Y qué cierto es! Si á mano viene mejor me fio del carbonero de la esquina que de un embajador. Con que á mí crea V. que no me coje de susto lo que V. dice. Pero le preguntaba á V. antes si sabia cómo podríamos salir del apuro de los dos mil y pico de millones.

—Se lo diré á V., pero no sin advertirle antes que no conviene exagerar las cosas. Ha dicho V. que si á mano viene se fia mas del carbonero que del embajador. Dicho esto á secas parece indicar que toda persona distinguida ha de valer menos que el hombre oscuro; lo cual nó es cierto, porque hay embajadores honrados, como hay muchos carboneros. El caso es que no por llamarse un hombre excelentísimo vayamos á creer que lo es en efecto, ni

creamos, por el contrario; que no ha de haber nobleza en el trapero ó el mendigo. Todo lo cual quiere decir, en buenos términos, que cada hombre es hijo de sus obras, como todo el mundo sabe, y que los nombracos retumbantes son vanas palabras, que por lo mismo que necesitarian muchas buenas obras para acreditarlos, son mas ocasionados á poner en ridiculo á una persona que á honrarla. Yo aseguro á V. que si me ofrecieran un título de aquellos de *excelentísimo señor* le rechazaria (si Dios me tenia de su mano), por temor de que pusiera en evidencia y desprestigiase mi pobre medianía; con la cual me basta hoy para darme por honrado y satisfecho. Afortunadamente, nada me anuncia la proximidad de este infortunio.

—Buena es esa, hombre; ¿pero y lo de los millones, que es lo que mas nos interesa?

—Tiene V. razon. ¡Hay tantas cosas de que hablar! Ya sabe V. que se ha mandado sustituir la contribucion de puertas y consumos por otra personal ó de capitacion que han de pagar proporcionalmente todos los españoles de ambos sexos, mayores de catorce años de edad, y que ño sean pobres de solemnidad ó militares, desde soldado á coronel.

—Sí señor, y por cierto que ni V. ni yo comprendimos el otro dia esta escepcion en favor de la fuerza armada.

—Verdad es. Pues en esa contribución puede hallarse el principal resorte para establecer un sistema que orille todas las dificultades y nos remedie y saque de apuros de

dinero en lo sucesivo. ¿Cuánto le parece á V. que viene á costar al gobierno la administracion de las rentas públicas?

—¿Le cuesta diez millones?

—¡Hombre, por Dios! Esa cifra es casi tan atroz como el verdadero coste de ese servicio. Amigo mio, el ministerio de Hacienda (agárrese V.) viene á costar unos *cuatrocientos millones* de reales al año.

—¡El dulcísimo nombre de Jesús!

—O lo que es igual: la *sesta parte* de los ingresos generales...

—¡Cielo santo!

—¿No lo sabia V.?

—No señor.

—Pues ya lo sabe V.

—Pero hombre, ¿es cierto eso?

—Carta canta. Mire V. el libro del presupuesto oficial de España para el año (¡cuidado con los adjetivos!) *económico* de 1864 á 1865. «Ministerio de Hacienda... Total (sin contar *ciento sesenta y seis millones* que aparecen bajo el modesto título de *minoracion de ingresos*) 356.174,849 reales.» ¿Qué le parece á V.?

—Que España tiene muchas lombrices, por lo que veo.

—¡Y eso que ya ha echado la solitaria! Pues figúrese V. que de los diez y seis millones de españoles se impone contribucion á ocho millones de ellos, quitados los niños, mendigos, etc. Antes pagaba cada cuartillo de vino de dos á cuatro cuartos por consumos; el aceite, el trigo, la carne, todos los alimentos pagaban en proporcion. El

pobre tenia que sufrir la mecha. Calcule V. lo que pagaría al cabo del año. En cuanto al rico, los hay que pagan hoy mismo diez, doce y mas miles de duros al año. Solo por ser abogado y médico ó arquitecto, hay hombre que paga cuatro y cinco mil reales anuales. Pues bien, ocho millones de personas que paguen á razon de veinte duros al año cada una, dan *ciento sesenta millones de duros* al año, ó sean *tres mil y doscientos millones de reales*, que son *ochocientos* mas de los que hoy *se gastan* (nó que se recaudan). Haciendo ocho, diez, doce ó mas clases para distribuir equitativamente entre ellas esta contribucion, resulta la posibilidad de que la clase ínfima pague diez reales al año por persona mayor, y la clase mas elevada mil duros por persona tambien mayor. Como hoy tenemos multitud de especies de contribucion, y cada una con sus empleados y administracion especial, y como con esta contribucion única no se necesitaria mas que una oficina, resultaria un ahorro enorme en los gastos de administracion. Amén de todo, esta única contribucion es la mas evidente, clara, diáfana que puede imaginarse, y por lo mismo es la menos sujeta á ilegalidades y amaños. Todo ello estriba en una buena estadística.

Sin duda que este trabajo estadístico no es pequeño; pero tampoco lo es la ventaja de poder suprimir el estanco de la sal y del tabaco, el papel sellado y todos los efectos timbrados, escepto los de correos y telégrafos; la lotería, las contribuciones industrial y de comercio, la territorial, los portazgos y pontazgos, los derechos de puer-

to, faro y fondeadero, y todas cuantas gabelas y socaliñas atan, embarazan y ahogan en nuestra patria la producción y el consumo, ó lo que es igual, la riqueza pública y privada.

—Pero, hombre, ¿y cómo va V. á poder quitar todas esas contribuciones que hoy se pagan?

—¿Pues no oye V. que con la sola contribucion personal se pueden recaudar fácilmente *tres mil y doscientos millones de reales* al año, que son *ochocientos* mas de los que hoy se gastan sin permiso de los actuales ingresos empíricos; por lo cual estamos tan desahogados como usted ve?

—¡Ah! ¿De modo que esa sola contribucion es la que lo ha de producir todo?

—Sí, hombre; yo creí que me habia V. comprendido.

—Como uno no lo entiende, y no está acostumbrado á pensar en estas cosas...

—Bien. Yo digo que se pueden recaudar tres mil y doscientos millones, porque así me parece factible; pero si la práctica enseñara lo contrario, ya conoce V. que mas fácil es bajar contribuciones, que subirlas.

—Pero, hombre, ¿qué cosa mas magnífica seria no tener mas que esa sola contribucion!

—Es incalculable lo que esto desarrollaria la actividad y la riqueza de los españoles en particular, y del Estado en general. Pronto pagaríamos nuestras deudas, y fácil es imaginar lo que ganaria nuestro crédito, lo que aumentaria el valor de toda la propiedad, los capitales extran-

jeros que vendrian á interesarse en nuestros negocios. Y tenga V. presente, por último, que casi nada habria que estudiar de nuevo para plantear esta contribucion, porque los mismos estudios que van á hacerse para la contribucion personal que sustituye á la de consumos, darian casi por terminado el trabajo necesario para la contribucion única que imagino.

—Pues amigo, si tal hiciéramos nos poniamos las botas, y tengo para mí que habrian de admirarnos los extranjeros.

—Pues añada V. á lo dicho que en esos magníficos y saneados ingresos no habria de contarse la renta de aduanas, que seria tanto mayor cuanto mas aumentase nuestra riqueza y más sábiamente rebajados estuvieran los capítulos del arancel.

—Diga V., ¿y qué es eso del arancel?

—Que el gobierno grava con un tanto, que hoy es muy grande, á todas las mercancías que entran en España.

—Vamos, y por no pagar ese tanto es por lo que se esponen los contrabandistas.

—Justo, ese *tanto* es el padre de los contrabandistas y la causa de que todos los españoles compremos muy caros los géneros extranjeros y del país; porque los fabricantes españoles venden lo mas caro que pueden, favorecidos como lo están por el consabido tanto que pagan los géneros extranjeros.

—Pues ya estoy deseando que la revolucion nos baje ese arancel y podamos vestirnos mas barato, como hebe-

mos y comemos mas barato desde que han quitado los consumos. ¿Hombre, lo que me ha gustado ha sido que el ministro de no se qué, haya dicho que no quiere el coche que la nacion paga á sus ministros.

—No ha sido un ministro el que ha hecho eso, segun parece, sino el sub-secretario de Hacienda.

—¡Ande V., que no le faltará coche cuando lo necesite! ¡Apuradamente no hay *peseteros* en Madrid esperando sub-secretarios! Pero, hombre, ahora que me acuerdo; no concluyó V. aquello de los jesuitas el otro dia.

—Es verdad. Pero no me quedaba casi nada que decir.

—No importa. Algo se debió V. dejar en el tintero, porque cortó V. la conversacion por mirar el reloj, y dijo usted que ya seguiria.

—Efectivamente, pero no vale cosa lo que se perdió usted de oír.

—Pues yo quiero que me lo diga V., porque todo eso de los frailes y de las sociedades religiosas se me figura que importa mucho á la libertad de los hombres.

—Sí, sí, no deja de importar ciertamente.

—Pues, hombre, hágame V. el favor de decir algo.

—Vamos allá. Pero no me acuerdo en qué estábamos.

—Creo que lo último que dijo V. fué que las sociedades religiosas tenian un fin político, y que para lograrle alarmaban las conciencias, sin reparar en la agitacion que sembraban en las familias; cuyos lazos de union quebrantaban indignamente.

—¡Hola, hola, es V. un gran discípulo, amigo. No ha perdido V. ni palabra.

—¡Nó que se juega! Conque vamos, diga V.

—Bueno, pues le decía á V. que esas sociedades, con su capa de humildad, aspiran á ser un Estado dentro de otro; son una ambicion mundana, la ambicion del mando cubierta con la máscara de la religion. Son una esplotacion reprobable de la idea religiosa, cuyo reinado no es de esta vida. Si es que Dios puede enfadarse alguna vez con sus flacas criaturas, debe ser con las que toman su nombre para encumbrarse sobre sus semejantes á favor del respeto que inspira. Este es un recurso que debemos considerar vedado; así por lo abusivo de su origen, como por lo deplorable de sus consecuencias.

—Tiene V. mucha razon.

—El gobierno, pues, ha debido disolver las asociaciones religiosas, y lo único en que ha hecho mal ha sido en no disolverlas todas, absolutamente todas. Para dar culto á Dios pueden y deben reunirse los hombres, pero no asociarse. El culto por sí solo no ataca á la libertad de los individuos; la asociacion sí. La religion pone al hombre en relacion con la divinidad; la asociacion religiosa pone al hombre en relacion con un presidente. La diferencia me parece de alguna consideracion.

—¡Vaya!

—No se deje V., pues, seducir por las apariencias. Estas asociaciones toman los pretextos mas respetables. Toman á Dios mismo; ¿qué no podrán tomar? Las unas di-

cen que se proponen la enseñanza, las otras la caridad; todas tienen en su seno centenares, miles de personas de sana intencion que solo se fijan en el objeto aparente y pasan á ser instrumentos involuntarios para realizar el único objeto verdadero, que es secundar la voluntad de unos cuantos hombres que aspiran á dominar la política, para dominar á favor de ella la sociedad entera: para hacer las leyes, cobrar los impuestos y avasallar las conciencias. En cuanto vea V. una sociedad que pone un santito á la cabeza de sus estatutos ó empieza sus operaciones con una oracion, cuente V. con una institucion absolutista; como cuando vea V. una sociedad que se propone discutir ideas, puede V. contar con una institucion liberal. Esto es indudable.

—Si señor. Pero ¿en qué consistirá eso?

—Eso consiste en dos cosas: en el amor á la verdad y en el amor propio. El hombre que encuentra verdad en una doctrina, se ve inclinado á defenderla. En el primer momento la ama por creerla verdadera; despues la ama porque la considera suya desde que la amó: primero la ama por ella y luego la ama por él; primero es amor á la verdad, luego es amor propio. Mientras tanto que este amor propio no se apasiona, sirve para sostener la verdad y esclarecerla; es el aguijon mas poderoso de los varios que escitan al hombre á trabajar. Pero si el amor propio se trueca en pasion, entonces se ciega el entendimiento y ya no se trabaja, se pelea.

La pasion religiosa, fuerte que ha sido para mar-

char y hacer marchar millones de veces al cadalso, arrojándole impávida, tiembla ante la discusión. Cada argumento es para ella la voz del demonio, que la llama á condenación eterna. Así es que los fanáticos de todas las sectas recelan del entendimiento (se entiende que del ajeno), y piensan poco más ó menos como aquel árabe llamado Omar, que prendió fuego á la célebre biblioteca de Alejandría, fundándose en que ó aquellos libros decían lo que el Alcorán, en cuyo caso eran inútiles, ó decían lo contrario, en cuyo caso eran perjudiciales.

—¡Qué bárbaro!

—Pues no hacen menos que él los fanáticos de todas las religiones; porque estando convencidos de que poseen la verdad absoluta, creen que nada tienen ya que aprender, y miran con desconfianza y con tedio todos los movimientos de la razón, á la que consideran como facultad enemiga de la salvación de los hombres. La ciencia, por lo tanto, resulta espiada en todos sus pasos, y no sé yo que pudiera dar uno solo si hubiera de escuchar las reclamaciones de cada secta ó pudieran estas realizar su insensato ideal. Este ideal, nunca alcanzado, es el de Omar: ¿se posee la verdad absoluta? pues todo lo que se hable ó escriba, aparte del dogma sagrado, es inútil ó dañoso.

De tan modesta manera de pensar resulta la necesidad de impedir todas las manifestaciones filosóficas ó científicas del pensamiento humano, y para ello los fanáticos no reparan en los medios. No dejan publicar libro alguno sin permiso del sacerdote de la respectiva religión; que-

man los libros en que ha pasado alguna frase mal sonante; encarcelan, confiscan los bienes y atormentan ó matan al autor. En Roma llegan al extremo de echar los primeros cristianos á luchar con las fieras hambrientas de los circos. En Africa degüellan á los que no admiten la ley de Mahoma; en España abrasaban vivos, siglos atrás, á los israelitas y protestantes, y en todas partes entronizan el terrible absolutismo político para realizar la obra devastadora del absolutismo religioso.

—¡Qué horror!...

—Todo esto, amigo mío, se disipa con dos medidas: primera; libertad de practicar el culto que cada uno quiera, librando así á los ciudadanos de la tiranía del fanático mas fuerte: segunda; abolicion de las sociedades llamadas religiosas, que perpetúan la intolerancia y turban la paz de las familias. Los fanáticos chillarán y buscarán tretas para luchar contra el Estado; buscarán el apoyo de las inocentes mujeres y de los campesinos, sus habituales instrumentos; pero las personas razonables y amantes de la verdad y de la justicia; las personas que no ven la verdadera religion en la ignorancia, sino en la sabiduría; aquel gran número de ciudadanos ilustrados que saben que el espejo en que Dios se retrata es la Naturaleza, obra suya, y que, por consiguiente, nada lleva á mas elevada oracion que el estudio de la Naturaleza y sus leyes; estas personas sensatas sostendrán con su influencia la causa de la civilizacion, y la verdad triunfará de sus enemigos, libre como lo estará para luchar.

—Pues, señor, ahora comprendo bien por qué los liberales entendidos piden la libertad de cultos y la supresion de las sociedades religiosas.

—Sí, pero separémonos hasta mañana; porque es tarde.

—Hombre, ayer le hablaba á V. de las reformas de nuestra Hacienda, y precisamente ví luego en la *Gaceta* un decreto mandando abrir suscripcion pública para cubrir un empréstito de *dos mil millones* de reales efectivos, destinados á pagar las deudas contraídas por la situacion caida. En el preámbulo de este decreto se da cuenta al país, al mundo, del estado en que la revolucion ha encontrado la Hacienda. De este exámen resulta, conforme le dije á V. ayer, que hay *un descubierto de cerca de dos mil y quinientos millones de reales*. Cubierto que sea: satisfechas todas nuestras obligaciones y hechas las sábias reformas económicas que el Sr. Figuerola anuncia, aumentará la confianza en la revolucion, saldrá el dinero de las tímidas arcas y se facilitará la marcha de todos los negocios.

Pero vuelvo á mi tema de que tenemos que trabajar todos sin descanso y ayudarnos recíprocamente en la grande obra de la regeneracion de la patria, si queremos obtener algun dia el aplauso de nuestras popias conciencias y la bendicion de las generaciones venideras, cuyo bienestar preparamos noblemente.

—¡Pensar en que nos estamos sacrificando por los mi-

llones de seres que todavía no viven!!!... ¡Qué grande es el hombre!

— ¡Y qué grande es la Providencia que así le ha hecho!

— Es verdad.

— Pero volviendo á nuestro asunto, no cabe duda de que la indole del caso ha dado ocasion á que sea el ministro de Hacienda el que haya venido á demostrar mas claramente la necesidad y la justicia de la revolucion.

— ¡No ve V. que el maldito dinero era mucha causa del mal pasado!

— Y cuidado, que el estudio que el ministro de Hacienda hace de la situacion es grave y sóbrio por demás; austero en el fondo y en la forma, se diria que era el simple desarrollo de un problema de matemáticas, si alguna vez no se animara la frase del estadista con el calor de la vergüenza ó de la indignacion.

— ¡Pero hombre! ¿y habrá todavía quien defienda lo pasado?

— Yo creo que lo defenderán casi todos los que tienen la culpa de que hayamos gastado tantos millones y debamos aun esos *dos mil y quinientos*.

— ¡Que vengan, que vengan á por mas!

— Pues en nosotros consiste todo.

MADRID, NOVIEMBRE DE 1868.

IMPRENTA DEL INDICADOR DE LOS CAMINOS DE HIERRO,
Calle de la Cabeza, núm. 36, 1.ª p.ª.